

## LOS MARTIRES.

### SUMARIO.

Regocijo del infierno.—Galerio, aconsejado por Hierocles, precisa á Diocleciano á abdicar el imperio.—Preparacion de las cristianos al martirio.—Constantino, ayudado por Eudoro, escapa de Roma, y huye donde está Constancio.—Eudoro es arrojado en un calabozo.—Hierocles primer ministro de Galerio.—Persecucion general.—El Demonio de la tiranía lleva á Jerusalem la noticia de la persecucion.—El centurion enviado por Hierocles pone fuego en los Santos Lugares.—Doroteo salva á Cimodocea.—Encuentro de Gerónimo en la gruta de Belen.

### CANTO XIII.

#### I.

Desde el dia fatal que Eva llevó  
A sus labios el fruto prohibido,  
Igual gozo Satan nunca probára.  
“Abre tu boca, infierno, exclama erguido,  
“Y recibe las almas que arrancára  
“El Cristo á mi poder! Ahora vencido,  
“Su imperio aniquilado enteramente,  
“El hombre será mio eternamente.”

#### II.

Dice, y su voz penetra en la caverna  
Del suplicio, y los réprobos creyendo  
Oir de nuevo la sentencia eterna,  
Dan en medio la llama un grito horrendo.  
El mismo Cáos negro se consterna.  
Un enjambre de espíritus corriendo  
A la voz de su Príncipe temido,  
Se vió de ellos el aire oscurecido.

#### III.

El Querubin que rige la carrera  
Del sol, retrogradára horrorizado,  
Y á su disco el color de sangre diera.  
Son lúgubre en los bosques fué escuchado;  
El ídolo en los templos sonriera;  
Por todo el mundo el malo es impulsado  
Con aliciente nuevo en sus pasiones  
A urdir y promover revoluciones.

#### IV.

Hierocles sobre todo se sentía  
Arder con llama nueva el pecho insano,  
Y el momento oportuno ver creía  
Para dar á su plan la postrer mano.  
Llegándose á Galerio: “Hoy es el dia  
“Que el imperio os aguarda! Diocleciano  
“Acaba de perder un pueblo adicto  
“Dando contra los fieles el edicto.”

V.

“Su mano tiembla aun de haber firmado  
“El decreto: marchad, decidle luego  
“Que es tiempo que dejando ya el cuidado  
“A un héroe como vos, guste el sosiego,  
“Contento con los años que ha reinado.  
“Si contra toda regla á vuestro ruego  
“Se resiste, el amor que os profesa  
“La tropa, dará cabo á nuestra empresa.”

VI.

Galerio aplaude el zelo y el proyecto  
Del bajo consejero, y le apellida  
Ministro fiel y amigo predilecto.  
Los áulicos aprueban tal medida.  
Aun Publio, su rival en el afecto  
De Galerio, su voto darle cuida,  
Y de ganar se encarga por su parte  
La guardia y la legion del Campo Marte.

VII.

Galerio va al palacio en que el anciano  
Se hallaba en el lugar mas escondido.  
Al punto que firmó contra el cristiano  
La sentencia, el Señor ha proferido  
Su decreto contra él. Diocleciano,  
En tristes pensamientos sumergido,  
A Galerio ve entrar con faz sañuda,  
Y con nombre de César le saluda.

VIII.

“Siempre César! prorrumpe violento:  
“¿Llevaré un mismo nombre eternamente?  
“Vuestro edicto imperial á este momento  
“Ha rasgado ese súbdito insolente.  
“Dejadme castigar su atrevimiento.  
“Los trabajos, la edad, salud doliente,  
“Todo os dice busqueis vuestro reposo,  
“Yo cumpliré un cargo tan penoso.”

IX.

“Vos sois quien perturbais la vejez mia!  
“Replica Augusto sin mostrar sorpresa:  
“Despues de mí, sin vos, dejado habria  
“El reino en calma y mi opinion ilesa.  
“¿Mas mi muerte os parece tan tardía,  
“Y este soplo de vida tanto os pesa,  
“Que en el vil retiro pretendéis acabe  
“Y veinte años de gloria menoscabe?

X.

Galerio enfurecido: “Bien! responde;  
“Si vos no renunciáis de vuestro grado,  
“Por mí mismo mirar me corresponde.  
“Ya del postrer lugar estoy cansado,  
“Siendo así que á ninguno se le esconde  
“Que el peso de las armas he llevado,  
“Mientras los otros Césares disfrutan  
“Del mando en las provincias que os dispu na.”

XI.

“Sabeis que os hallais en mi presencia?  
“Augusto con teson: tal desacato  
“Aun puedo castigar en mi dolencia,  
“Y enviaros, pastor vil, á vuestro ható....  
“Pero no: á mí me sobra la experiencia  
“Para que ahora me admire de un ingrato;  
“Y el peso siento bien de mandar hombres  
“Porque quiera envidiaros vanos nombres.

XII.

“Sí, sed emperador: ¡triste Galerio!  
“¿Sabeis la grande carga que os espera?  
“En veinte años que há rijo el imperio,  
“Jamás un sueño plácido durmiera.  
“Las bajezas, intrigas, el misterio,  
“La traicion siempre en torno de mí viera.  
“Así el trono dejándote del mundo,  
“Llevo dél un desprecio el más profundo.

XIII.

“No cedo á tu amenaza: yo me abajo  
“A cierta voz del cielo que me intima  
“Que la gloria pasó: viste ese andrajo  
“De púrpura, pues de él hago la estima  
“Que de un fúnebre lienzo, y sin trabajo  
“Te le cedo: con él tomad encíma,  
“Pues vuestro hombro decis es más robusto,  
“Tomad el peso del trono y su disgusto.

XIV.

“Gobernad un imperio que camina  
“A su disolucion: de todos lados  
“La semilla de muerte en él germina.  
“Reprimid los sofistas obstinados  
“Que de el mundo social llevan la ruina:  
“Concordad esos cultos encontrados,  
“Al bárbaro encerrad en su floresta:  
“A Roma su incursion será funesta.

XV.

“Yo marchó: de mi campo de Salona  
“El odio os veré ser del universo.  
“Sí, hijo ingrato, el cielo no perdona  
“La ingratitud, y un hijo más perverso  
“Quitará de tus sienes la corona.  
“Date prisa á seguir tu hado adverso:  
“Tú eres de aquellos Príncipes que el cielo  
“Manda para cambiar la faz del suelo!”

XVI.

En las Termas así se decidía  
La suerte del imperio. El fiel en tanto  
Sobre el fatal edicto discurría,  
Que al son de las trompetas el espanto  
Por las calles de Roma difundía,  
Disponiendo quemar el libro santo,  
Los templos arruinar, y que de infame,  
Cual traidor, al cristiano se proclame:

XVII.

A los jueces prohíbe del imperio  
Recibir sus querellas por agravio,  
Por robo, muerte, raptó y adulterio;  
Admite su denuncia en todo labio;  
Castiga con la muerte y el cauterio  
Toda profanación, en desagravio  
De sus aras. El pérfido Hierócles  
Tal edicto arrancára al débil Diocles.

XVIII.

Segun su aliento el fiel se disponia  
Al combate ó la fuga: aquel temiendo  
El suplicio, á los bárbaros se huia;  
Este otro al desierto mas horrendo.  
Mutuamente en las calles se veia  
Darse tiernos adioses, bendiciendo  
La dicha de sufrir de alguna suerte  
Por aquel que en la cruz sufrió la muerte.

XIX.

Viéranse respetables confesores,  
Ya de antes perseguidos, exhortando,  
O templando del zelo los ardores.  
Mugeres, niños, jóvenes, cercando  
A estos santos ancianos y doctores,  
Oian el ejemplo memorando  
De mártires famosos, cuya audacia  
Señaló el poderío de la gracia.

XX.

Lorenzo que al tirano desafía,  
En las brasas; Vicente que en la pena  
Un ángel consolaba y asistia;  
La Emeritense Eulalia; la Antioquena  
Pelagia, que un amor santo por guia  
Al Oronte se echó; (1) y las que en la arena  
De Cartago salieron victoriosas,  
Perpetua con Felicitas gloriosas.

XXI.

En tanto los Obispos ocultaban  
Los libros en lugares retirados;  
Los ministros en píxides guardaban  
Sacras hostias; los antro ignorados  
Se buscan para iglesia, y se nombraban  
Los diáconos que deben disfrazados  
Al mártir consolar y dar aliento  
En la cárcel, las minas, el tormento.

XXII.

Como para un combate se aprestára  
El bálsamo y las vendas. El insulto  
Se perdona, la injuria se repara,  
Y se pagan las deudas. Sin tumulto  
Al martirio la Iglesia se prepara,  
Como la hija de Jépte á sitio oculto  
Se retiró á llorar su fin temprano  
Sin criticar del padre el voto vano (2).

XXIII.

En este tiempo Eudoro fué avisado  
Por los fieles que el águila seguian,  
Del rumor que circula entre el soldado:  
Que á nombre de Galerio se esparcian  
Larguezas en la tropa, habiendo dado  
Orden que al día siguiente convendrian  
En el campo de Marte, y con misterio  
Se hablaba de renuncia del imperio.

XXIV.

Toma informe mejor, y presuroso  
Va al Tiboli á buscar á Constantino.  
El Príncipe fijára su reposo  
Junto al templo Vestal y Sibilino,  
Distante del tumulto bullicioso.  
En la márgen del rio cristalino  
Se ve el sitio en que Horacio con Propercio  
Vivian lejos del social comercio.

XXV.

El risueño Tibúr que á la latina  
Musa inspiró otra vez vena discreta,  
Solo ofrece mausólöos en ruina.  
El tiempo á su poder todo sujeta.  
En vano se buscaba en la colina  
Del Lucretil un signo del poeta,  
Cuya Musa juiciosa no se atreve  
Cerrar larga esperanza en vida breve (3).

XXVI.

Al medio de la noche, en el reposo,  
Se anuncia á Constantino la llegada  
De su amigo: saltando presuroso  
Del lecho, le conduce á la esplanada  
Junto al templo de Vesta suntuoso.  
Del Anio allí se oia la cascada,  
Cuyo estrépito en noche tan tranquila  
Imitaba la voz de la Sibila.

XXVII.

“No solo, dijo César, al Cristiano,  
“Dice Eudoro, amenaza esta tormenta.  
“En el campo de Marte Diocleciano  
“En Galerio abdicar mañana intenta.  
“Por Césares tendrá el pueblo romano  
“A Daya y á Severo en vuestra afrenta:  
“Diocleciano os queria, mas Galerio  
“Se resiste á asociaros al imperio.

XXVIII.

“La salud de la Iglesia en vos reposa;  
“Evitad este golpe tan funesto.  
“Galerio á vuestra vida atentar osa.  
“Mañana será todo manifiesto:  
“Si llega á ejecutar su trama odiosa,  
“Todo para la fuga estará presto:  
“Huid á vuestro padre en la esperanza  
“Que el cielo tomará por vos venganza.”

XXIX.

Constantino callaba y revolvía  
Violentas ideas: ultrajado,  
Roto el lazo que á Diocles le unía,  
Quizá al brillo del trono deslumbrado,  
(¡Tentacion de almas grandes!) ir quería  
A arengar al ejército acampado  
En el campo de Marte, y ciego de ira  
Venganzas y combates solo aspira.

XXX.

Así en la arena de la Arabia ardiente  
Generoso corcel yace tendido,  
Que por salvar del sol su lasa frente  
La esconde entre los pechos, y abatido  
Muéve apenas la crin; mas de repente  
Si de tuba marcial oye el sonido,  
Y la traba le es suelta por los amos,  
Se levanta, se cabria y dice: "Vamos! (4)"

XXXI.

Eudoro calma el bélico transporte  
Del Príncipe. "Es inútil, le dijera,  
"Cuanto hagais: la legion y la cohorte  
"Galerio de antemano sedujera.  
"Vos reinareis un dia en esta corte.  
"El universo en vos la paz espera;  
"Mas Dios pone en su sien vuestra corona  
"Para probar la Iglesia en su persona.

XXXII.

"Pues ven, responde el Príncipe, conmigo,  
"Y á Roma tornaremos á la frente  
"De la tropa que ya antes fué testigo  
"De tu valor y hazañas: juntamente  
"Triunfaremos así de un enemigo  
"Tan tuyo como mio."—"Es diferente,  
"Eudoro le contesta, el deber nuestro:  
"El mio es el quedar, huir el vuestro.

XXXIII.

"A la tierra os debeis vos por el cielo,  
"Y yo me debo al cielo por la tierra.  
"Mi campo de batalla es este suelo.  
"Cuando al fiel amenaza cruda guerra,  
"Mi vida es suya, y debo con mi celo  
"Mostrarle que la muerte no me aterra.  
"Yo espero que el Señor me dé propicio  
"La fuerza de cumplir mi sacrificio."

XXXIV.

A este instante una llama milagrosa  
En la márgen del Anio á ilustrar vino  
La tumba de la mártir Sinforosa. (5)  
"Ved (esclama, mostrando á Constantino  
"El túmulo) la fuerza poderosa.  
"Que sabe inspirar Dios! De mi destino  
"No me robeis, ó Príncipe, la gloria;  
"Dejad os jure, sí, eterna memoria."

XXXV.

Y el hijo de Lastenes con profundo  
Tespeto se inclinó á besar la mano  
Que el cetro ha de empuñar de todo el mundo.  
Mas el Príncipe abraza tierno y llano  
Tan noble amigo y héroe sin segundo.  
Luego quiere buscar á Diocleciano,  
Y montando los dos sobre su coche  
Van á Roma en las sombras de la noche.

XXXVI.

Junto al túmulo Plotio se separa  
Del Hijo de Lastenes Constantino,  
Por un sendero aquel en Roma entrara;  
De las Termas siguió este el camino.  
A Diocles pide hablar; luego repara  
El cambio de fortuna repentino,  
Pues le cierran la entrada, y de su parte  
Le ordenan acudir al Campo Marte.

XXXVII.

En este campo al pie del Octaviano  
Sepulcro, se elevaba un tribunal,  
Donde al rayar el alba Diocleciano  
Va á deponer la púrpura imperial;  
Suceso extraordinario que el Romano  
Desde el tiempo de Sila no vió igual.  
El pueblo acude en turbas presuroso  
De tan grande espectáculo curioso.

XXXVIII.

El miedo ó la esperanza el alma llena,  
Y cada uno en su mente discurría  
Cuál fuese el desenlace de esta escena.  
Quién Augusto, quién César nombraría.  
El cortesano vil se mete en pena  
Por descubrir su nombre, y ya temía  
Ofender con la idea solamente  
Un dudoso poder aun no existente.

XXXIX.

Del Príncipe futuro adivinaba  
La pasión dominante, con objeto  
De aprestar la bajeza en que cifraba  
Con el favor la nota de discreto.  
El bueno sus virtudes ocultaba.  
Solo estúpido el pueblo se ve quieto  
Esperando un Señor de un extranjero  
Quien antes los nombraba al mundo entero.

XL.

Bien pronto sube al trono Diocleciano.  
Silencio las legiones impusieron,  
Y con tranquila voz dice el anciano:  
“Soldados! mi salud y edad me imperan  
“Que nombrando á Galerio soberano,  
“Nuevos Césares dé.” Todos volvieron  
Sus ojos á mirar á Constantino  
Que en aquel mismo instante al Campo vino.

XLI.

Por Césares nombró luego á la junta  
A Severo y á Daya. Confundido  
El pueblo: “¿quién es Daya? se pregunta;  
“¿Constantino ha tomado otro apellido?”  
Galerio con la mano á aquel apunta.  
Y le ofrece á la tropa. El abatido  
Diocleciano del manto se despoja,  
Y al hombro del audaz pastor le arroja.

XLII.

Dale el puñal tambien, signo funesto  
De absoluto poder: luego bajando  
Del trono, monta el carro que está presto,  
Y la ciudad de Roma atravesando.  
Sin mostrar de disgusto ningun gesto,  
Marcha para Salona, abandonando  
El mundo entre el asombro de su imperio  
Y el temor del reinado de Galerio.

XLIII.

En tanto que la tropa victoreaba  
Al nuevo Emperador, Eudoro viene  
Por medio de la turba adonde estaba  
Constantino que apenas se contiene  
Y entre el pasmo y la ira fluctuaba.  
“Vuestra suerte habeis visto, ¿qué os detiene?  
“La órden un tribuno ha recibido  
“De prenderos: seguidme, ó sois perdido.”

XLIV.

Tómale por la mano, é ir le obliga  
Dó fieles siervos en su espera estaban.  
El Príncipe de nuevo á Eudoro instiga  
Con súplicas (mas poco aprovechaban)  
A salvarse y que á Francia con él siga.  
Los pasos de la tropa ya escuchaban  
Portadora de la órden sanguinaria;  
Eudoro eleva al cielo esta plegaria:

XLV.

“Gran Dios! si á vuestra grey teneis guardado  
“Este nuevo David, huya delante  
“De Saul, y enseñadle el ignorado  
“Desierto de Zeila!” En el instante  
Revienta el trueno en cielo despejado,  
Hiere el muro de Roma rayo humeante,  
Y un ángel traza un surco resplendente  
De luz que se prolonga al occidente.

XLVI.

Espectáculo grande! Constantino  
Cree reconocer la órden del cielo  
De la fuga indicándole el camino.  
Luego abraza á su amigo con anhelo,  
Monta el coreel, y parte repentino.  
Eudoro grita: “Cuando en este suelo  
“No sea mas, sed Príncipe, el amparo  
“De Cimódoce, sedla padre caro.”



XLVII.

Voto inútil! el Príncipe ha traspuesto,  
Y su voz en el aire se ha perdido.  
Sin proteccion Eudoro queda expuesto  
Al furor de Galerio y su valido,  
Primer ministro ya: luego su arresto  
Pronuncia su rival, habiendo sido  
Como fiel por un siervo delatado,  
Y en negro calabozo es aherrojado.

XLVIII.

Con Astarte Satán lanza iracundo  
Un grito de victoria y de contento,  
Y al Demonio Homicida entrega el mundo.  
Cuando este Genio atroz deja el tormento.  
Para afligir la tierra furibundo,  
No lejos de Cartago tiene asiento,  
En las ruínas de un templo cuya ara  
Con víctimas humanas se manchára.

XLIX.

Fieras Hidras, Dragones parecidos  
Al que Caton batiera con su hueste; (6)  
Monstruos cuales en Africa nacidos;  
Las Plagas del Egipto, fea Peste,  
Vientos emponzoñados y encendidos,  
Fiebres pestilenciales, Hambre agreste,  
Tiranía feroz, Muerte temida  
Reptan junto á este Espíritu homicida.

L.

Al grito de Satán el monstruo horrendo  
Se despierta, y sus alas desplegando,  
Los anchos mares raudo trasponiendo,  
Al alto Capitolio va volando,  
Una mano el puñal fiero blandiendo,  
Otra mano la tea: así el nefando  
Genio anunció otro tiempo la matanza  
Que señaló de Herodes la venganza.

LI.

Musa sacra! si tú me sostuvieras  
Con estro celestial, ó la armonía  
Del canto del albo cisne á mi voz dieras,  
Yo cantára con tierna melodía  
De la esposa de Cristo pugnas fieras.  
De mi patria tambien me acordaria,  
Y de Roma pintando los tormentos  
De aquella diseñára los lamentos.

LII.

¡Salud, Iglesia afficta, mas triunfante!  
Yo tambien os he visto en la tortura  
Y salir de las pruebas mas brillante.  
Vanamente el infierno se conjura.  
No triunfarán sus puertas un instante  
Contra vos: y en la pena, en la amargura  
Luego avistais los piés del sacro nuncio  
Que de la paz y bien os trae anuncio (7).